llas palabras que desde el alba oigo pronunciar en todos los tonos, con todos los acentos y por todas las
gentes:—"La barrera de los Alpes ha caido."—Sí,
ha caido para siempre. ¡Y parecía atrevido designio,
pensamiento insensato! Miedo á las rocas rebeldes á
toda humana fuerza; temores de secretas vertientes de
agua; previsiones de calores excesivos y de escasez de
aire respirable; incertidumbres, dudas, desanimacion.... ¡todo ha desaparecido!

Las dos grandes empresas: la perforación de los Alpes y la unidad de Italia, juntas iniciadas, juntas mantenidas y desarrolladas durante diez años se han realizado una tras otra con pocos dias de diferencia.

¡El ejército italiano entraba en Roma el 20 de Setiembre de 1870, y el 25 de Diciembre de 1870 estallaba la última mina en el monte de Fréjus! Casi al mismo tiempo Italia extendía una mano á su antigua madre, y la otra, á su antigua aliada, gritándole á la primera:—¡Libertad!—gritándole á la segunda:—¡Paz!

Y será verdaderamente tácito pacto de paz entre los dos pueblos esta grandiosa victoria comun que hoy se ha celebrado; ellos no cambiarán por la nueva vía y el camino nuevo, sino palabras de fraternidad, útil comercio y proyectos comunes de nuevas y gloriosas obras, es decir: ¡no cambiarán entre sí sino aquello que eleva, que engrandece y que purifica!





CIERTAS EPÍSTOLAS...



Nos ha, cierto jovencillo de veinte años que escribía artículos de literatura amena, y no tenía ni quien lo alabase ni lo

animara, recibió una carta anónima (me parece que de Bergamo, donde viviera algunos meses) en la cual entre otros cumplimientos análogos, se le hacía el siguiente que era con el que se cerraba la carta: "En vez de emborronar las columnas de los periódicos con esas tonterías á las cuales V. ha denominado ettétera, haría mejor en publicar alguna página de historia que diese mejor idea de nosotros á los extranjeros."

No he cambiado una sola sílaba del texto. La persona á quien aludo, conserva todavía la carta y la conservará siempre, no por el valor que pueda tener en sí misma, sino porque le recuerda una de las más fuertes impresiones de su edad juvenil. Quien la escribió, si alguna vez caen estas páginas bajo sus ojos, reirá; y quien la recibió, si se llegase á encontrar un dia con aquél, reirán juntos; el uno fué demasiado duro, el otro demasiado sensible, hé ahí todo: el fondo una fruslería. Pero la impresion, repito, fué tan fuerte, que el pobre emborronador de cuartillas no la ha olvidado todavía.

La carta le llegó cierta mañana en el momento en el cual se disponía á escribir una de sus habituales sandeces; la abrió, la leyó, y arrugándola, la echó á un rincon. Un colega suyo, que trabajaba en la misma mesa, le dijo:—¿Te sientes malo? El procuró sonreir, pero fué una sonrisa tan forzada y pasajera, que el amigo volvió á preguntarle con inquietud:—¿Has recibido alguna mala noticia?—porque se había puesto pálido como un moribundo.

¡Cuántas veces leyera aquella malhadada carta! si se digese, no lo creería ninguno. Alguna vez se acercaba á la estufa con ánimo de quemarla, pero arrepentido del pensamiento, se la volvía á guardar en el bolsillo; luego se esforzaba por reir, y reía con efecto; pero la risa pasaba pronto como cosa artificial y quedaba más sério que antes.

Es un estúpido, un envidioso, un cobarde, decía, y llamaba en su ayuda todos los razonamientos de Máximo D'Azeglio para persuadirse de que las cartas anónimas no deben preocupar.

En otros momentos humillado y desconcertado exclamaba para sí:

—Tiene razon, soy un escribidor, no conseguiré jamás hacer nada que merezca la pena, no escribiré jamás en mi vida.

Y con efecto, por espacio ds muchos meses desde Abril de 1867 hasta Enero del año siguiente, no volvió el pobre escritorcillo, siempre con la amargura que le produjo aquella carta en el corazon, no volvió á escribir una línea; no ya por despecho ó temor ó indolencia, sino porque verdaderamente se convenció de que la literatura no era su fuerte. Y hasta tal punto se había convencido, que con frecuencia, cuando se le recordaban aquellas cosillas que escribiera otras veces, se ponía colorado como la grana.

Quizá no habría vuelto á tomar la pluma de fijo (tanto influye el más mínimo accidente á veces en la vida entera del hombre) si un escritor venerado y amado por él desde la infancia, uno de aquellos hombres como decía Giusti, que para verlos es preciso mirar bácia arriba, y á los cuales parece imposible que se haya podido jamás dirigir por palabra ó por escrito y por ningun motivo palabra alguna dura é irreverente; si este hombre, digo, sin saberlo y sin quererlo, recordando, segun suele acontecer, hechos y personas de tiempos pasados, no le hubiese fortificado para siempre contra las cartas anónimas mediante un ejemplo admirable de lo que son la vanidad y la impudencia humanas.

¿Tendré que presentar este ejemplo?

Estoy en dudas sobre qué debo hacer, porque de un lado me detiene el temor de pecar por falta de delicadeza publicando cosas dichas por la persona á que aludo en el seno de la confianza, y especialmente cuando me consta que le desagrada y que por in-Amois, 1870-71.

discreciones análogas tuvo disgustos. Y de otro lado, la certidumbre de ser útil á alguno que otro escritor jóven de los que escriben con gran ardor y se desaniman con gran facilidad, me estimula á propalar el ejemplo...

¡Ea! callaré el nombre de la persona reparando en parte con esto la indiscrecion.

El jóven de la carta, como iba diciendo, tuvo la fortuna de hablar con aquel otro á que aludo, uno de los últimos dias del año de 1867. No lo veía entonces por vez primera á pesar de lo cual entró en su casa con viva emocion, como le ocurre á todos los que se le presentan, viejos ó jóvenes, ilustres ú oscuros.

En el momento en el cual penetró en la habitacion donde el gran escritor se hallaba inclinado delante de la chimenea y con dos leños en la mano, el jóven lo saludó respetuosamente y se apresuró á hincarse de rodillas delante del hogar quitándole de la mano la leña con objeto de acomodarla en el fuego. Pero como quiera que el poner bien dos trozos de encina en una chimenea que amenaza descomponerse y apagarse no es empresa fácil, especialmente para quien se halla cortado ante un hombre ilustre, sobre todo si tiene que hacerse este trabajo bajo su inspecion, así el pobre jóven acomodó una astilla con las manos, intentó y probó arreglar la hoguera, se quemó los dedos, se ensució de ceniza y acabó por dejar caer los dos trozos de encina al acaso de tal modo, que los demás medio quemados, se separaron unos de otros, saliendo

una nube de chispas de la chimenea derramándose las brasas en el suelo y apagándose el fuego por último

Se levantó encarnado como la grana y haciendo un ademan que equivalía á "V. perdone" y otro que significaba "soy un estúpido" y sabe Dios si en aquel momento no se habría ido al otro mundo corrido de vergüenza. Pero el venerable viejo se echó á reir de una manera tan alegre y tan benévola en la que se veía claramente que había comprendido la causa de aquella torpeza-la emocion producida por su presencia-que el jóven tomó alientos y sonrió á su vez, y poniendo de nuevo manos á la obra acabó por arreglar el fuego en un abrir y cerrar de ojos. Pero aquella sonrisa, repito, había sido tan expresiva, tan ingénua y tan cariñosa, que reveló plenamente su finísimo sentido de observacion; y el jóven desde entonces hasta el presente no la ha olvidado nunca, cual si fuera la expresion habitual de aquella fisonomía; y cada vez que la recuerda experimenta vivísima dulzura y bendice aquellos dos trozos de leña, lo embarazado que se hallaba, la vergüenza que le dió, y se alegra tanto como si fuese el recuerdo de haber conseguido el difícil triunfo de apagar un grande y repentino incendio.

Pero estoy divagando.

Vamos derechos al asunto.

Mas antes quiero decir otra cosa que se me olvidaba. Cuánta curiosidad se despierta en nuestro ánimo al entrar en la estancia de un gran escritor, especialmente si se sabe que tiene una obra manuscrita dis-

puesta para la imprenta, acabada, corregida, y que esta obra se halla allí, sobre un velador, al alcance denuestra mano, en un mamotreto de cuartillas escritasen letra clara y grande que se puede leer perfectamente alguna palabra con el rabo del ojo..; jy cuánto másviva es vuestra curiosidad si sabeis que esta obra es fruto del estudio y la meditacion de treinta años, que fué empezada y seguida en secreto hasta hace dos 6tres, que acaso será póstuma, puesto que no se publicará hasta despues de la muerte del autor (lejana, Dios lo quiera), y que trata una de las más fecundas y solemnes cuestiones de la historia moderna. Y despues la curiosidad de ver sobre el escritorio de aquel hombre insigne, cuáles son los libros que lee usualmente; cuáles entre éstos los preferidos y las páginas dobladas y las notas en las márgenes; y de todos aquellos volúmenes cuáles los que se han colocado ahí en el dia, para el nuevo trabajo; y entre las innumerables cartas que le escriben, cuáles son las que ha separadopara contestar enseguida y de quién son...

¡Qué tropel de curiosidades! Y bien: en un momento determinado salió de la habitacion, y el jóven permaneció algun instante solo. Al principio permaneció inmóvil, mirando á todas partes y casi temblando de placer y de emocion. Despues se acercó al velador y empezó á leer el manuscrito, devorando con la vista cuartillas, y mirando á la puerta de cuando en cuando: quién hubiera podido esculpir en la memoria aquellos caractéres, llevándose uno á su casa aquel tesoro robado con la inteligencia, y aprendido

por arte mágico... y leía cada vez más aprisa y las palabras y los renglones se movían y confundían ante su mirada escrutadora como los rasgos de una fisonomía reflejada en el agua... y claro, la mente no cogía nada y crecía el deseo y apremiaba el temor... ¡Dios eterno!

El ilustre huésped apareció en la puerta antes que aquel desgraciado jóven hubiese tenido tiempo suficiente para alejarse del velador. Esta vez sepuso, no rojo como las cerezas, sino pálido como el papel y bajó la cabeza sin respirar apenas. Mas al atreverse á alzar la vista un poco congrande ansiedad experimentó un placer de alegría infantil: el ilustre huésped sonreía y era aquella misma sonrisa alegre, benévola, fina y distinguida que quería decir:—"comprendido, comprendido, lea, lea pues."

¡Oh; bendita la curiosidad!...

Pero ¿y el ejemplo?

Allá vá...

Mas todavía consiéntaseme una palabra.

Él—el innominado (1)—había salido en busca de un tomo, que apenas volvió, puso sobre la mesa diciendo al jóven:—Para V.

Era un grueso volúmen, la más celebrada de sus obras, adornada con muchos grabados que el jóven nunca había visto. Empezó á mirar las primeras páginas, y no es posible describir la impresion que le produjeron aquellos dibujos que representaban perso-

⁽¹⁾ Así se llama á un personaje de I Promessi Sposi.

najes, lugares y hechos familiares y queridos á él desde las primeras lecturas de la adolescencia, y á cada página prorumpía en exclamaciones é interjecciones de admiracion y de contento como si viese antiguos amigos, riendo y golpeando la mesa con las manos, agitándose en la silla, olvidando, en suma, que estuviese delante de aquel hombre.

—¡Oh, mire, mire!—exclamaba.—Precisamente como yo me lo imaginé, y este otro; te reconozco.—¡Ah, hé aquí tal!—Magnífico, la casa, la iglesia...

De pronto se acordó que estaba delante, él, el innominado, se calló fuborizándose por aquella vivacidad y temiendo haber representado el papel de un chiquillo sin gracia y que probablemente la cara de su huésped se lo habría hecho comprender con aquella expresion incierta entre la compasion, la ira y el desden propios de tales casos... alzó los ojos tímidamente y se tropezó con aquella sonrisa, más amable é insinuante que las veces anteriores; sonrisa que reflejaba toda la complacencia íntima del jóven lector, sonrisa que daba gracias, y animaba, y decía:—Comprendo, lo comprendo perfectamente; ríase, pues.

Y el ejemplo?

Hélo aquí.

La conversacion recayó, despues de girar por varios asuntos, en la manía de algunas gentes por reunir y conservar autógrafos de hombres eminentes, y sobre la insistencia que tales aficionados desenvuelven para conseguir su propósito, y sobre el abuso que después hacen de esos mismos autógrafos, cuando los obtienen,

enorgulleciéndose de los mismos, no ya como favores obtenidos á fuerza de instancias y concedidos por pura deuda de cortesía; sino antes bien, como homenaje particular y espontáneo hecho á ellos sin que siquiera se lo esperasen, y sin que jamás hubiesen pensado en tal cosa.

El jóven decía á propósito, que había visto una carta de un tal, al poeta R, en la cual, sin razon de ninguna especie, le rogaba que por aquello que más estimase en el mundo, le escribiese una carta, 6 le mandase por lo ménos una tarjeta con dos líneas, una palabra, su nombre, aquello que quisiera, con tal que estuviese escrito por él. El poeta, conmovido por un ruego tan esusivo, le envió una tarjeta con unos versos. Dos ó tres dias despues de esto, la persona aludida entraba apresuradamente en un café, y acercándose á un círculo de jovenzuelos de su edad, estudiantes, exclamaba con grande énfasis:-Todavía no salgo de mi asombro, ¿sabeis qué cosa he recibido hoy? y contó lo que ya saben mis lectores, suprimiendo, naturalmente, que él hubiese solicitado el favor.

La verdad, sin embargo, se descubrió pronto y se promovió gran ruido acerca del particular; porque el chico quería hecer pasar al poeta R. como un admirador suyo; y el poeta lo supo, se echó á reir primero, se incomodó después, y por último, no volvió á escribir una sola línea á ningun bicho viviente.

Esta anécdota hizo sonreir al gran escritor, trayéndole á la memoria algunos casos de la misma índole ocurrídole á él y que ya había olvidado hacía tiempo.

¿El ejemplo?

Ahora lo verá el lector si tiene paciencia.

-Cierta vez, dijo, recibí una carta de un señor que me suplicaba le expusiese mi opinion sobre varias poesías suyas. No le respondí, porque... porque si le hubiese contestado, habria de haberle dicho cosas desagradables, y sobre todo, porque si yo contestara á cuantas cartas me dirigen acerca del mismo asunto, no tendría tiempo para hacer otra cosa. Pasaron dias y recibí una segunda del mismo señor, en la que me manifestaba que no comprendía por qué no daba respuesta á su anterior; y recuerdo que entre otras frases escribía la siguiente: —"¿Desprecio? nunca lo creería; efalta de tiempo? no lo creo." Y así seguía haciendo larga série de hipótesis, y á cada suposicion daba sus razones como para probar que no eran admisibles las disculpas.—"¿Por qué, pues?"—La carta era bastante rara para dispensarle el honor de contestarla, y no respondí. Recibí, por último, una tercera carta concebida en pocas líneas, en la cual entre otros dicterios, y hasta insultos, se me recordaban varias virtudes cristianas, y una especialmente: "la bumildad."

El venerable sábio miró al jóven sonriendo como si le preguntase su opinion acerca del particular. Yel jóven despues de permanecer un momento con la boca abierta preguntó á su vez con un movimiento de indignacion:

—Otra carta, prosiguió el ilustre anciano con sonrisa benévola, siguió á las anteriores, y esta vez más
dura, y anónima.—"He leido—decía el tal—todas las
obras de V. y me he aburrido soberanamente, porque
usted escribe para los tenderos; y todos los que trabajan para los ultramarinos, únicamente son tolerables
por los tenderos de ultramarinos. Deseo á V. larga vida, no por el placer de verlo vivo, sino porque tienen
que volver los tiempos de la guillotina para V. y paro otros como V., y deseo que lleguen en época de
que pueda V. gozar de ellos."

El jóven dió un salto en la silla y miró á su interlocutor con cara de estupor y asombro, de dolor y de ira.

—Hay más todavía—repuso el escritor con su habitual sonrisa y con voz que iba haciéndose más benévola y alegre á medida que el sentido del lenguaje que relataba iba haciéndose cada vez más áspero y duro,—hay otra carta de cierto hombre que ocupaba un cargo bastante importante (y aquí dijo cuál era), que me envió un manuscrito suyo demandándome consejo. Se trataba de un tremendo infolio y no tuve tiempo para leerlo inmediatamente. El interesado me lo pidió poco tiempo despues con una carta seca y se lo devolví. Entonces me escribió una tercera carta concebida en los siguientes términos.

Estuvo un momento pensativo y añadió:

—"Señor mio; si no quería V. leer mi trabajo debía haberme escrito que no podía; pero nunca ha debido usted salir del apuro con el indigno procedimiento del

^{-¿}Pero es posible?

silencio. Conozco otros literatos en esa, los cuales sin ser poetas ni novelistas, no son menos que V. y me han contestado. Se dice que V. tiene la costumbre de no dar respuesta á las cartas que se le escriben porque le disgusta que otros posean sus autógrafos. Y bien, no tema V. por esto: yo le aseguro que si me escribe haré tal uso de sus cartas, que á cualquiera que las coja se le quitarán las ganas de conservarlas. Acabo recomendándole dos autores que necesita V. mucho: monseñor Della Casa y Melchor Gioia."

Parecerá increible; pero es lo cierto que estas cartas se escribieron con tales palabras á tal hombre por personas que cultivaban la literatura y que acaso en sus libros y en sus discursos entonces y ahora se hacían lenguas para alabar, honrar y levantar hasta el cielo al innominado. Estas cartas fueron escritas á él, grande, sencillo y bueno; á él, nuestro amigo más íntimo; á él, nuestro maestro más querido; á él, nuestra más pura gloria; á él, que cuando estemos tristes y sin aliento, podremos ir á llamar á su puerta como pobres para rogarle que nos ponga una mano en la cabeza y nos anime con la palabra con que mejor puede cuadrarnos;—¡hijos mios!

Por lo demás, para volver á la tierra, no hay que decir el efecto que producirían en nuestro jóven del cuento, aquellas cartas; y cuánto se halla avergonzado de su vanidad, de su orgullo, de su cortedad de ánimo al recordar aquella que él recibió y las consecuencias á las cuales le habían llevado; qué pensó y sintió cuando á un hombre semejante se le habían dirigido

cartas que á él sin duda había derecho para escribírselas mucho peores, y en fin, el propósito que hizo de allí en adelante para volver á estudiar, á escribir, á trabajar, á hacer lo que podía sin pensar en cartas con firma ó anónimas, viniesen de donde viniesen, dijesen lo que dijeran y aconsejaran lo que aconsejasen.

¡Ah, si yo fuese pintor, de qué buena gana describiría la cara de aquel venerable sujeto mientras aludía á aquellas epístolas!

A veces arrugaba la frente y entornaba los ojoscomo para imitar el gesto que deberían poner los autores de aquellas muestras literarias; cuando no se acordaba de la frase exacta y literal en el momento, la buscaba, y una vez encontrada, sonreía por el placer que le causaba no haberlas olvidado despues de tantos años; de trecho en trecho reforzaba el acento con el ademan, como hacen los chicos cuando lamentándose dicen:—Y me has hecho esto, y esto, y esto otro,—con una ingenuidad, una serenidad y una sencillez, que si no se tratara de una peticion descortés y estúpida, hubiera sido cosa de decirle:—¡Hombre, hágame V. el obsequio de contarme otras cosas de esas!

El jóven á quien aludimos al salir de la casa, comosucede á todos los que á ella van, con el corazon oprimido, y especialmente á los que como él no pueden gozar de esta visita sino una vez al año, que se permiten algun viajecillo; al salir, repito, exclamaba para sus adentros:

-¡Y tú habías considerado como una estocada

mortal aquella epístola que te dirigieron! ¡Te habían herido el amor propio! ¡No creías posible que hubiese un hombre en el mundo al cual pudieses parecerle un nécio! ¡Ya estabas desilusionado, descorazonado. postrado.... Mírate en ese espejo, y avergüénzate, pusilánime!

Fué una saludable leccion.

Y como decía antes, me parece que no sea del todo inútil áun para los demás.

¡Pero, por caridad, el que haya adivinado el nombre del innominado, que lo calle!

Es el padre de todos, pero hasta con los padres se requiere discrecion.





EL CÍRCULO FILOLÓGICO DE TURIN

CARTA

[Turin 11 de Octubre de 1871.]



E pensado más de una vez que en Florencia debería instituirse un Círculo Filológico como el de Turin.

Hace pocas noches que pasando por la calle Mercanti me invitó á visitar los salones del Círculo un amigo mio de los primeros que promovieron el pensamiento de dicha fundacion. Entré de mala gana; pero después me alegré de haber entrado, puesto que aquel lugar me produjo curiosa impresion. Si al principio se me hubiese preguntado en dónde estaba, con dificultad hubiera sabido responder. No hay ese algo de todos los sitios donde se estudia, que consiste en el recogimiento y que impone al visitador curioso que en-